

Entrega parcial #1



Danna Valentina Villegas Vargas - 2240027

Samuel Gómez Echeverri - 2235881

Isabela Cabrera Leon - 2240322

La Composición Literaria como espejo de la Realidad

Hernan Dario Espana Cruz

Universidad Autónoma de Occidente

Facultad de Ingeniería y Ciencias Básicas

Santiago de Cali

2025

Cuando la sonrisa se apaga

Desde pequeña hemos sido tres amigos inseparables: Samuel, Valentina y yo, Valeria. Crecimos en un pueblo cerca de Cali, entre juegos, secretos y promesas de que nunca nos separaríamos. Cada uno era un mundo aparte, pero juntos nos sentíamos completos.

Valentina siempre fue la más frágil de los tres. Luchaba contra sus batallas internas, unas veces en silencio y otras contándonos sus miedos. Sus problemas con la ansiedad y la depresión la desgastan demasiado, y Samuel y yo tratábamos de ser su pilar, para mantenerla cuerda y a salvo. Ella nos pedía constantemente que nunca nos alejáramos de su lado.

Pero al terminar la secundaria, la vida cambió. Samuel tuvo que irse a Cali para comenzar sus estudios universitarios. Aunque estábamos felices por él, su partida nos dolió profundamente. Él era el puente que más nos unía y, sin él, algo se sintió roto. Samuel, a pesar de estar en la ciudad, viajaba cada quince días al pueblo para visitarnos. Decía que así podía sentirse en casa, escapar un poco de la rutina universitaria. Era un muchacho callado y reservado, con pocos amigos, pues le costaba relacionarse con gente fuera de nuestro círculo.

Recuerdo un fin de semana en el que volvió al pueblo y encontró a Valentina muy triste, desconectada de todo. Samuel, con paciencia, la hizo reír de nuevo. Despues regresó a la universidad, pero Valentina quedó inquieta. Me buscó para hablar sobre lo que había notado en él: su tono de piel estaba pálido, su energía ya no era la misma, su mirada se veía apagada y sus palabras no tenían la fuerza de antes.

Yo, en contraste, solía ser alegre, alguien que encontraba paz en cosas simples, como pasar horas mirando las nubes y descubrir formas en ellas. Una tarde invité a Valentina a hacer un picnic y ___ quedamos viendo el cielo. Nos divertimos, pero pronto sentimos el vacío de no tener a Samuel con nosotras. Entonces lo llamamos y, aunque estaba en Cali, se unió por videollamada. Fue un momento lindo y lleno de risas, como los de antes.

Al despedirse, Valentina me dijo que deberíamos visitarlo en Cali. Yo estuve de acuerdo: ya era hora de conocer su apartamento y su universidad. Lo llamamos para avisarle, pero no respondió. Aun así, al día siguiente emprendimos el viaje con ilusión.

Cuando llegamos a su pequeño apartamento, la sorpresa que queríamos darle se convirtió en un golpe al corazón. En su escritorio, justo debajo del computador, encontramos una carta doblada. Valentina la tomó temblando, con los ojos llenos de lágrimas, y comenzó a leer en voz alta:

"Lamento mucho no poder seguir aquí. Las llevo en mi memoria, así como ustedes a mí en su corazón. La última vez que hablé con Valentina en persona, sé que ella notó

mi cambio, pero jamás me atreví a decirlo de forma directa. Llevo meses sintiéndome así. Perdón por no seguir siendo el pilar de sus vidas, por no ser la persona que les sacaba una sonrisa. Ya estaba cansado de fingir y no pude más. Las amo con mi corazón, y espero que cuando miren las nubes me vean en una de ellas.
Att: Samuel."

Cuando terminamos de leer, ambas caímos al suelo sin poder decir una sola palabra. El dolor era insoportable. Nos dimos cuenta de que a veces estábamos tan enfocadas en nuestros propios mundos que no supimos leer las señales de Samuel, ni ver la tristeza en sus ojos vidriosos.

Al levantarnos, vimos en su cama una caja. Dentro había una cámara con fotos y recuerdos de los momentos más memorables de nuestra amistad. Era su forma de regalarnos lo más valioso que teníamos: nuestra historia juntas.

Ese instante nos dejó una lección: la vida es frágil y no siempre mostramos lo que sentimos en el corazón. Muchas veces deducimos una falsa imagen de alguien sin detenernos a observar lo que realmente pasa a su alrededor.

Con el alma hecha pedazos salimos del apartamento en busca de Samuel. Lo encontramos a lo lejos, recostado bajo un árbol, con una extraña botella en la mano. La escena confirmó el desenlace que jamás quisimos imaginar.

Desde entonces, la ausencia de Samuel marcó nuestras vidas para siempre. Y aunque su partida dejó un vacío imposible de llenar, cada vez que miramos al cielo y vemos las nubes, lo sentimos presente, acompañándonos como siempre lo hizo.